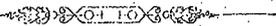


BOLETIN ECLESIASTICO



REVISTA QUINCENAL DE LOS INTERESES CATÓLICOS

Año VII

Quito, Junio 15 de 1900

Nº 12

DOS PALABRAS

La carta que se leerá á continuación explica los motivos que me obligaron á venir á la Capital, y da á conocer al público quienes fueron las personas, á cuyo llamamiento yo no podía menos de acceder.

Ilmo. y Rmo. Señor Doctor Don Pedro Rafael González Calisto, Dignísimo Arzobispo de Quito.

Quito.

Ilmo. y Rmo. Señor :

No sé quienes componen el Comité organizado para honrar la memoria del General Sucre, con motivo del inesperado hallazgo de sus restos mortales ; pero, sean quienes fueren los que lo compongan, yo no puedo menos de tenerme por honrado con el deseo que ellos manifiestan de que vaya á Quito, para pronunciar en la Metropolitana la Oración fúnebre el día 4 de Junio : iré, y haré lo que pueda, que será muy poco, pues con los años he perdido todo cuanto en otro tiempo hacía que mi palabra fuese escuchada sin desagrado.

Además, no era posible rehusar una distinción honrosa en la cual se interesa V. S. Ilma. y Rma. : los descos

de V. S. Ilma. y Rma. son para mí mandatos, que cumplo con satisfacción. La memoria de Sucre no puede ser indiferente para ningún ecuatoriano, y honrar esa memoria es un deber de patriotismo. — La autenticidad de sus restos mortales me parece indudable.

Siempre de V. S. Ilma. y Rma. afmo. hermano en Nuestro Señor Jesucristo.

† Federico,

OBISPO DE IBARRA.

Ibarra, 6 de Mayo de 1900.

Discurso pronunciado por el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Federico González Suárez, Obispo de Ibarra, el día 4 de Junio en la Catedral de Quito.

Natus est homo, princeps fratrum, stabili mentem populi:

Et ossa ipsius visitata sunt, et post mortem prophetaverunt.

Varón nacido para ser el príncipe de sus hermanos y el firme apoyo de su pueblo:

Sus huesos han sido encontrados, y después de su muerte han profetizado.

(Del LIBRO DEL ECLESIASTICO, capítulo cuarentésimo nono, versículos décimo séptimo y décimo octavo).

Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo:

Excmo. Señor Presidente:

Honorables Señores Ministros Diplomáticos:

Señores:

Vosotros me habéis llamado, y yo he venido, obedeciendo gustoso vuestro llamamiento: vosotros habéis querido que yo tomara parte personalmente en esta vuestra solemne demostración de patriotismo, y yo, no sólo no he rehusado

trasladarme acá, sino que he acudido puntualmente, considerándome muy honrado con vuestra espontánea invitación: habéis deseado vosotros que también yo contribuyera á honrar con mi palabra la memoria del esclarecido Mariscal de Ayacucho, y yo, sin pesar mis propias fuerzas, y aconsejándome únicamente con mi sincero amor patrio, he puesto por obra vuestros deseos, he subido á este lugar sagrado y comienzo á pagar al Vencedor de Pichincha el tributo de reconocimiento, que á su memoria debemos todos los ecuatorianos.

En este tan numeroso concurso, reunido en el templo más augusto que tiene la República: en esta inmensa asamblea, donde se ha congregado lo más selecto, lo más distinguido, lo más respetable no sólo de la Capital sino del Ecuador entero, yo, al dar principio á mi discurso, saludo respetuosamente á la Nación toda, á la Patria, en cuyos fastos se recordará como una gloria nacional lo hecho en estos días memorables, porque en ellos nosotros los ecuatorianos hemos hecho obras propias de un pueblo verdaderamente civilizado.

Pero, hablaré con franqueza: el asunto sobre que debo tratar ahora es arduo, sumamente difícil y hasta cierto punto peligroso, y yo siento que con la edad he ido perdiendo todas aquellas cualidades, que contribuían en otro tiempo á que mi palabra se escuchara no sin disgusto. ¿Por qué lo había de ocultar? . . . En presencia de los restos mortales del varón egregio, á quien nunca inspiraron miedo las huestes enemigas por numerosas y aguerridas que fueran: cerca de los despojos terrenales de Sucre, tan sereno en el momento del combate, tan diestro en trazar acertadísimos planes de batalla, yo siento temor de hablar y me ha acometido el miedo: no sé cómo comenzaré á desenvolver mis pensamientos, ni acierto á combinar una idea con otra: vacilo y me encuentro indeciso. ¡Ah! Es porque en las batallas de la palabra es muchísimo más difícil alcanzar la victoria, que en aquellas en que se guerra con la espada: en los triunfos de la palabra jamás ha tenido parte hasta ahora la fortuna, ni la tendrá nunca: vencer con la palabra no está á merced de los caprichos de la suerte; y yo tengo de acometer ahora la fortaleza de vuestras convicciones políticas, donde se mantiene como atrincherado vuestro pensamiento. Cuando la verdad haya caído de golpe sobre vosotros, cuando la verdad os haya derribado en tierra, cuando yazgáis rendidos á los

pies de la verdad, no seré yo, Señores, quien habrá triunfado de vosotros, no: el triunfo será de la verdad, y solamente de la verdad, porque únicamente la verdad es la que vence y domina al altivo pensamiento humano.

Mas, como en las luchas del pensamiento humano la sinceridad es la que abre camino seguro á la victoria, yo resuelvo considerar de frente mi asunto, no disimular nada y tratarlo con llaneza y desembarazo; pero, ante todo, en este momento alzo primero mis ojos y mi corazón al Cielo y ruego al Dios de mis padres y Dios mío, que se digne poner en mis labios palabras que le den gloria.

La muerte dada alevosamente al General Don Antonio José de Sucre en la montaña de Berruecos, fué un crimen execrable, un gran crimen social, por la víctima sacrificada allí, por los pretextos que se alegaron para cohonestarlo y por la manera cómo se lo puso por obra. Sin embargo, como en la historia de todos los pueblos hay siempre necesariamente dos horas solemnes, la hora del crimen y la hora de la reparación, el crimen cometido en Berruecos ha debido ser reparado; y ¿cómo había de serlo, sino honrando á la víctima y detestando los motivos por qué fué inmolada?

Sí, Señores: en la historia de todos los pueblos hay siempre necesariamente dos horas solemnes: la hora de la libertad humana y la hora de la Providencia divina: la hora de la libertad humana es, por desgracia, (porque el hombre abusa de su libre albedrío), la hora del crimen, y la hora del crimen trae consigo precisamente la hora de la reparación, que es la hora de la Providencia: esa hora tarda, pues Dios no se apresura nunca, porque Dios es dueño del tiempo y de la eternidad. — Dos solos hilos tejen la oculta trama de la historia humana: la libertad del hombre y la Providencia de Dios: sin la libertad de la criatura racional humana y sin la intervención de la Providencia divina, la historia del linaje humano sería un enigma y un enigma tristísimo y pavoroso.

En el suceso de Berruecos consideremos esas dos horas: la hora del crimen y la hora de la reparación: la hora del abuso de la libertad humana y la hora de la Providencia divina. — Meditando despacio mi asunto, he juzgado oportuno aplicar al General Sucre las palabras, que en elogio de José, el hijo predilecto de Jacob, se leen en el Libro del Eclesiástico: *Natus est homo, princeps fratrum, stabilimentum populi.*

Varón nacido para ser el príncipe de sus hermanos y el firme apoyo de su pueblo. — *Et ossa ipsius visitata sunt*, sus huesos han sido encontrados, *et post mortem prophetaverunt*, y después de muerto han profetizado.

I

Yo, sacerdote; yo, más que sacerdote, Obispo, es decir hombre de paz y cuyo ministerio es de paz: yo, que amo tanto la paz; yo, que vivo predicando la paz; yo, que me sacrificaría gustoso por la paz, ¿sabéis, Señores, á dónde os voy á conducir ahora con la consideración? ¿Sabéis á dónde? . . . ; Nada menos que á un campo de batalla! . . .

Era una mañana, en los primeros días del mes de Diciembre, cuando este siglo décimo nono, que está ya á punto de terminar, no había concluído todavía ni siquiera la primera cuarta parte de su vertiginoso curso: allá en el extremo meridional del entonces virreinato del Perú se hallaban avistados dos ejércitos, y se aprestaban á reñir la batalla más trascendental de cuantas se habían librado, desde que en el continente americano comenzaron los combates por la emancipación de las colonias españolas. Esos dos ejércitos eran muy desiguales; en todo desiguales, menos en el valor y el ardimiento: el ejército español, numeroso, bien equipado y hasta aquel día acariciado por la fortuna en una serie de triunfos: el ejército patriota, escaso, casi desnudo y falto de alimento . . . Pero ¿para qué me detengo en narraros lo que vosotros sabéis muy bien? ¿Para qué canso vuestra atención describiendo escenas de ninguno de vosotros ignoradas?

Ese campo de batalla era el campo de Ayacucho: el sol se levantaba sobre el horizonte y derramaba sus rayos por el cielo, alumbrando serenamente á entrambos ejércitos: mas, cuando hubo llegado á su cenit, ya se había hundido en el ocaso y traspuesto para siempre el sol de la dominación española en el Nuevo Mundo: el astro de la libertad brillaba espléndido y sin sombras sobre el continente americano. Sucre había vencido: el aguerrido ejército español estaba derrotado. El triunfo de Sucre no era un golpe favorable de la fortuna, sino el resultado del talento del vencedor para combinar el plan de la batalla, de su serenidad admirable durante el combate, de su valor indomable y de su entereza

militar, en la cual entre tantos valientes no tenía rival.

Joven todavía y ya lleno de merecimientos: la emancipación de Colombia y del Perú estaba consumada y asegurada, merced á su valor de guerrero sin par y á su prudencia de atinado gobernante: en Ayacucho coronó su triunfo con la clemencia, y lo que las armas no habrían alcanzado se debió á su magnanimidad. Y ¿quién era Sucre? ¿De dónde venía?

Joven por la edad, antiguo por la gloria, traje victorioso el pabellón tricolor del Iris, desde las playas ardientes del Orinoco hasta las faldas del Pichincha, y de aquí lo llevó hasta la cima del helado Potosí: adolescente por los años de su vivir, y ya varón provecho por los méritos contraídos en la guerra de la emancipación americana, lo hubierais visto enrolado en las filas del ejército de Venezuela, trazando con el compás del matemático planos para el combate, y esgrimiendo diestramente la espada, esa espada suya, que nunca tornó sin gloria á reposar en la vaina. Firme, perseverante, nunca desalentado, sabia aprovecharse hasta de la misma derrota para poner en fuga más tarde, á aquellos mismos á quienes la fortuna caprichosa les había hecho gustar la satisfacción de triunfos pasajeros, como para poner mayor amargura en sus irreparables derrotas posteriores. — Así, el triunfo de Pichincha puso remate á la tregua pactada después del fracaso de Huachi.

Pero, bien pudierais, Señores, interrumpirme, haciéndome una observación. Hay mucha diferencia entre la fortuna y la gloria: la gloria, la gloria verdadera, no la alcanza sino quien vence en guerras justas. — Ciertamente, así es: mas ¿pensáis que la guerra de nuestra emancipación de la Metrópoli no fué guerra justa? El nombre de Sucre es de veras glorioso, porque siempre triunfó en guerras justas: su espada no estuvo nunca ni un momento tinta en sangre fratricida, en sangre derramada en guerras civiles, nunca: siempre la esgrimió para defender la libertad; y la habría convertido en arado, antes que desenvainarla en contiendas civiles, por eso ahora, vedla! tendida ahí junto á la urna cineraria, no acusa la memoria del difunto!

Las colonias americanas eran dependientes del Gobierno español, pero no formaban parte integrante de la agrupación política conocida con el nombre de Nación española: eran regidas por leyes especiales y sus moradores no goza-

ban de los mismos derechos que poseían los súbditos que vivían en España: no había fueros ni existían privilegios. Distantes de la Metrópoli y muy alejadas del lugar donde residía el soberano, la administración de justicia era tan lenta y tardía, que el crimen y los delitos disfrutaban de una mal disimulada impunidad. Los colonos no podían, de ordinario, aspirar á otra cosa que á vivir en una vida tranquila, pero muy oscura; pues, entre otros varios defectos, el régimen colonial tenía el de absorber la actividad individual, conservando á los pueblos en perpetua tutela. El Gobierno lo hacía todo, y todo lo esperaban del Gobierno los colonos, sin que tuviesen ni siquiera idea de la iniciativa municipal ni de la fuerza vital y progresiva de las asociaciones particulares para provecho común.

España decaía, mientras otras naciones europeas prosperaban, y era inevitable que las colonias americanas ó se constituyeran en naciones independientes para gobernarse por sí mismas, ó perecieran, perdiendo no sólo su territorio, su religión, sus costumbres, sino hasta su mismo idioma materno, conquistadas y absorbidas por naciones más poderosas que la Metrópoli. — Las colonias anglo-americanas habían sacudido el yugo de la dominación inglesa, dirigidas por el insigne Washington: España, sin marina y sin recursos, ¿hubiera podido defender á sus colonias americanas? Hoy, todavía el gigante inglés tiene su mano de hierro asentada sobre las rocas de Gibraltar, en el suelo mismo de España ¿qué habría sido de las colonias americanas?

España, además, no podía conservar por más tiempo sequestrado todo un continente, sin libertad de comercio con las otras naciones civilizadas del mundo: el bien y el adelantamiento de las colonias no era, pues, justo que continuaran subordinados perpetuamente tan sólo al bien y provecho de España. — No hay para qué confundir la guerra de nuestra emancipación con la rebelión de un pueblo levantisco contra la autoridad legítima: las colonias reclamaban de la Metrópoli un derecho legítimo, y la Metrópoli no fué justa cuando, en vez del derecho legítimo reclamado por las colonias, les declaró la guerra. Y ¡qué guerra!, Señores, ¡qué guerra!!

San Agustín en el Libro de su *Ciudad de Dios*, hablando de la paz que dió Sila á los romanos después de la derrota de Mario, hace una observación, que puede aplicarse muy bien á la paz que el Gobierno español comenzó á dar á los ameri-

canos, después que la fortuna de la guerra les fué adversa á éstos. La paz de Sila, dice San Agustín, compitió en crueldad con la guerra y la venció. *Pax cum bello de crudelitate certavit et vicit.* Tal fué la paz de Morillo, de Morillo, llamado por ironía el pacificador. — Sucre sabía vencer á los españoles no sólo en los campos de batalla sino también en el terreno de la discusión diplomática: ablandó el fiero corazón de Morillo y concluyó con él aquel célebre tratado de la regularización de la guerra, monumento imperecedero de los sentimientos humanitarios y nobles del invicto Mariscal.

Los grandes hombres suelen tener entre sus virtudes una especial, que descuella sobre todas las demás, y por lo cual se acentúan los rasgos de su fisonomía moral: la virtud característica de Sucre fué la modestia. Una modestia magnánima, que realizaba y abrillantaba el mérito extraordinario de tan excelso varón, verdaderamente nacido para ser el príncipe de sus hermanos. *Princeps fratrum.*

Como soldado se distinguió por su obediencia, por su subordinación: en la campaña del Perú se vió al vencedor de Pichincha conduciendo los enfermos de la ambulancia y los equipajes de la tropa, como un capitán oscuro, á retaguardia del ejército, para obedecer la orden de Bolívar. ¡ Con qué moderación supo después presentar sus observaciones al Liberador! ¡ Cómo competían en patriotismo los dos grandes hombres!

En los congresos, Sucre se manifestó siempre moderado en sus opiniones, dueño de sí mismo, lleno de benevolencia para con todos. Sorprende, asombra una moderación tan grande con méritos tan eminentes, en un joven, y en un joven militar, gente de suyo más expuesta al envanecimiento. ¡ Oh! Señores: Sucre para mí fué un gran hombre, un héroe: ¿ Sabéis por qué Sucre me inspira tanta admiración? Porque fué modesto: porque poseyó la virtud de los varones dotados de un gran corazón; la modestia, ese velo tan hermoso, que el verdadero mérito suele echar sobre su propia grandeza. Como militar, como ciudadano, como magistrado, Sucre siempre fué modesto: sin ambición, sin codicia, (ese orín de las almas ruines), elegido Presidente vitalicio de Bolivia, declaró, y con el corazón en la mano, que no regiría los destinos de la nueva República sino por dos años; y, antes de concluidos los dos años, dejó puesta en manos del Consejo de Estado su renuncia, y se ausentó del país. Inteligente,

discreto, generoso, llevaba de veras en su carácter la semejanza divina. Era bueno: el carácter de Dios ¿no es, acaso, la bondad, la suma bondad?—Cuando el Todopoderoso quiso criar al hombre, tomó un poco de barro, modeló el cuerpo del hombre, y sobre su faz sopló soplo de vida, haciendo al hombre á imagen y semejanza suya.

Sucre, limpio y honesto en sus costumbres, culto en su lenguaje, urbano en sus palabras, era una maravilla viviente de moralidad en medio de la vida libre de los campamentos: la guerra había endurecido su cuerpo, al parecer endeble y nada gallardo, pero había dejado intacta la delicadeza de su alma verdaderamente cristiana. Sucre practicó más de una vez una virtud evangélica, la más ardua, la más difícil, la más sobrehumana de cuantas virtudes enseña y predica el Cristianismo: Sucre supo perdonar á sus enemigos!!!

No hablo, Señores, de esas acciones magnánimas tan sabidas y tan ruidosas: no hablo de esos hermosos remates, que Sucre solía poner á la guerra, tratando tan humanitariamente á los vencidos, como sucedió en Pichincha, Ayacucho y más tarde en Tarqui, no, no hablo de eso. Tácito, en el libro décimo tercero de sus *Anales*, llama hermosos remates de la guerra á esos, en que el vencedor, después de la victoria, trata blandamente á los vencidos. *Bellorum aegregios fines quoties ignoscendo transigatur*. Sucre sabía rematar hermosamente la guerra; tan hermosamente, como para honra de la América toda, supo rematarla después de su espléndida victoria de Ayacucho, que terminó con abrazo de hermanos entre vencidos y vencedores; pero no hablo ahora yo de eso.—Sucre fué aborrecido y tuvo enemigos gratuitos: el veneno, el puñal y las balas se compraron para quitarle la vida, esa vida, que tan necesaria era á las nacientes repúblicas sud-americanas! Sucre tuvo en sus manos la vida de sus enemigos; y, pudiendo acabar con ellos, dejándolos á merced de la justicia, les perdonó, y hasta los favoreció. En Chuquisaca, las balas de ambiciosos revolucionarios no fueron los únicos precursores de los disparos mortales de Berruecos: el veneno, esa arma con que las víboras arman sus odiosos colmillos, se anticipó á las balas de Chuquisaca y de Berruecos.—Si Sucre hubiera podido hablar en Berruecos, no temo asegurar, que sus últimas palabras habrían sido para perdonar á sus asesinos. ¡Ah! ¡Asesinos!... Esta palabra me pone en la necesidad de comenzar á discutir ya acerca

de los pretextos, con que se pretendió cohonestar un crimen tan abominable.

II

El Libertador, en su Mensaje al Congreso de Colombia reunido en Bogotá en 1830, decía: *La independencia es el único bien que nos ha quedado; pero á precio de todos los demás.* En boca del Libertador estas palabras son muy significativas: las pronunció ante el Congreso en que presidía Sucre, ante ese Congreso, llamado admirable por el mismo Bolívar. — ¿Cónque, el año de 1830, en que Sucre fué asesinado, ya en Colombia, en la gran Colombia, no había más bien que la independencia? ¿Cónque, todos los demás bienes se habían perdido? ¿Tan pronto? ¿Apenas fundada la República? Bolívar, ¿talvez, exageraba? Su alma, angustiada y enferma por los desengaños, ¿ponderaba, acaso, el mal y lo creía mayor de lo que era en realidad?

El asesinato de Sucre coincidió, Señores, con la formación y aparecimiento de los partidos políticos en la gran República de Colombia: formación, aparecimiento de partidos políticos, es decir, principio del odio de unos ciudadanos contra otros, comienzo del aborrecimiento mutuo de los hijos de una misma patria!

Pero, cuando comienza el odio en una nación, entonces comienza necesariamente su decadencia: sí, Señores, sí: el odio de unos ciudadanos contra otros es el origen y la causa de la decadencia, del retroceso, de la ruina de los pueblos. El día, en que estalla el odio, ese día comienza la ruina del pueblo. ¿Queréis que os lo demuestre? ¿Seréis tan tolerantes conmigo, que me escuchéis serenos lo que os voy á decir?

El asesinato de Sucre, cometido tan á sangre fría en la montaña de Berruecos, el 4 de Junio de 1830; el asesinato de Sucre, ejecutado alevosamente; el asesinato de Sucre, previsto y sabido por todos y anunciado públicamente con anticipación, coincide con el aparecimiento de los partidos políticos, es decir, del odio, en la gran Colombia. ¿Cuándo fué asesinado Sucre? ¿Cuándo? ¿Cuándo en Colombia, en la gran Colombia, habían desaparecido todos los bienes, y no quedaba más bien que el de la independencia! . . . ¡Santo Dios! Aún estaba humeando todavía la sangre de los patriotas, que para granjearnos la independencia, se habían sacrificado

on Bomboná, en Pichincha, en Ayacucho, y ya se habían perdido todos los bienes!... Habían nacido los partidos políticos, y el odio había nacido también con ellos!!...

Detengámonos un momento; respiraré: estoy fatigado.

Si estudiáramos detenidamente la historia del crimen, cometido en Berruecos en la persona del General Sucre, nos convenceríamos fácilmente, de que ese crimen fué un resultado de cálculos políticos. El General Sucre no fué asesinado en un momento de exaltación, ni en un rapto de cólera: el General Sucre fué asesinado á sangre fría.

Los crímenes, cometidos á sangre fría, no pueden explicarse, sino reconociendo que la verdad se ha ofuscado en la mente de los criminales, y que, á consecuencia de la ofuscación de la verdad, el egoísmo ha ocupado en el corazón el lugar de las virtudes. El egoísmo, engendrador fecundo de odio. El espíritu de partido, en los países regidos por instituciones democráticas, priva á los ciudadanos del dominio sobre sí mismos, y mata en el corazón de ellos todas las afecciones benévolas: el espíritu de partido hace á los ciudadanos desleales é injustos: el espíritu de partido pone una venda negra en los ojos del alma y la deja impotente para examinar las cosas con libertad: el espíritu de partido no hace solamente eso: daña á los mejores, contagiándolos con la roña de la envidia. Sucre fué víctima de la envidia.

El espíritu de partido no vacila en echar mano de la denigración y de la calumnia; ✕ Sucre fué calumniado y denigrado; atroz é infamemente.

¿Qué más hace el espíritu de partido?.... Efectos necesarios del espíritu de partido son las preocupaciones, los juicios precipitados, la terca malevolencia y el obstinado capricho en vencer. ¿Qué otros frutos da el espíritu de partido? ; El espíritu de partido engendra la cólera súbita y los ocultos rencores: no busca sinceramente la verdad, apoya ideas, sostiene opiniones, por odio á las personas, que son apoyadores ó fautores de ideas y de opiniones contrarias. Cuando Sucre fué asesinado, había en Colombia dos bandos políticos: el uno, acaudillado por Bolívar: el otro, enemigo del Libertador, á quien calificaba de tirano, y contra cuya vida afilaba, á la luz del día, en las calles de Bogotá, el puñal del asesino. ¿Cuál de esos dos partidos sería el verdadero sostenedor del orden público? ¿Cuál?... Contestadlo vosotros mismos.

Bolívar comenzaba su Mensaje al Congreso admirable de Bogotá, protestando dolorosamente, que en Colombia todos los bienes morales estaban perdidos, y que el único bien, que no se habían perdido todavía, era el de la independencia. Todavía había patria; pero, patria dividida, ó, lo que es lo mismo, patria, que ya había comenzado á arruinarse. ¡Y cuán cierto era que ya, tan prematuramente, había comenzado la ruina de Colombia! ¿Cómo había comenzado? ¿Por qué?... Habían nacido los partidos políticos, y, con ellos, el odio de unos ciudadanos contra otros, disputándose el monopolio de la cosa pública. De Belisario, aquel famoso guerrero de la Edad Media, terror de los Búlgaros y de otros pueblos bárbaros; de Belisario, que, con sus victorias, contribuyó á sostener el vacilante imperio de Constantinopla, cuenta la leyenda que, reducido á la mendicidad, se dejaba estar sentado sobre una piedra, en los caminos públicos, pidiendo limosna á los transeuntes. Dad una limosna, decía, á este pobre viejo, ciego, que fué el vencedor de los Búlgaros: una tierna niña le servía de lazarillo al anciano. Calumniósele ante el Emperador Justino, de que se quería alzar con el mando, y el emperador, crédulo en demasía y envidioso de la gloria de su General, mandó confiscarle todos sus bienes y arrancarle entrambos ojos, pagando al leal servidor del imperio con la ceguera y la mendicidad. Colombia hizo más con Bolívar: para el Libertador de medio mundo americano no hubo siquiera una tosca piedra á la orilla de un camino público: cuando el puñal del asesino quedó burlado, entonces hasta la ciudad de su mismo nacimiento le cerró sus puertas á Bolívar; y el fundador de Colombia, proscrito de Colombia, se iba camino del ostracismo; mas la muerte se acercó á él y le abrió las puertas de la eternidad, librando á Colombia de la afrenta, que, necesariamente, habría caído sobre ella, si Bolívar hubiera ido á mendigar el pan de la vida en tierra extranjera. ¡Tristes consecuencias del odio de los partidos políticos!

Las verdaderas nociones del orden y de la libertad se habían alterado, y Colombia comenzaba á ser presa del error. ¡El orden! ¡La libertad! . . . Mas ¿qué es el orden? ¿Cuál es la verdadera noción de la libertad política? ¿Quién nos dará una definición exacta de la autoridad? — San Agustín, que tantas verdades luminosas ha esparcido en el mundo, ha dado de la paz una admirable definición: la paz, dice el gran

San Agustín, es la tranquilidad del orden. *Pax tranquillitas ordinis*: el orden da á cada cosa su lugar; y la paz pública nace de que, magistrados y ciudadanos guardan el orden en mandar y en obedecer. En el concepto erróneo de la libertad, se tiene como flaqueza someterse al orden: empero, la obediencia es virtud de las almas fuertes, porque, quien obedece es vencedor de sí mismo, y ha llegado á dominar sus instintos orgullosos y sus pasiones egoístas.

La libertad no es la licencia, ni menos el libertinaje: la libertad es el poder de hacer todo lo que debemos hacer, sin que la autoridad nos constriña de ninguna manera á hacer lo que no nos es lícito querer. Porque, sin moral no hay libertad; y la moral no es invención humana, ni el Estado tiene poder ninguno sobre la moral: el Estado, como órgano del derecho, es un poder meramente directivo, y no puede trastornar á su antojo la naturaleza de los deberes morales.

Estas sencillas nociones del orden, de la libertad y de la autoridad se habían alterado grandemente en la gran Colombia el año de 1830; y de ahí el odio de los partidos políticos, y de ahí el crimen de Berruecos. Sucre era una garantía para la conservación de la paz. Sucre era el más firme apoyo del orden, y era necesario eliminarlo, quitarlo del medio, darle muerte, y antes calumniarlo, hacerlo sospechoso y entregarlo á la furia desapoderada de los partidos; y Sucre fué calumniado, y la prensa periódica lo denigró, y sus enemigos políticos denunciaron como criminales hasta las secretas intenciones del héroe de Pichincha y de Ayacucho. El crimen de Berruecos coincidió con el nacimiento de los partidos políticos en Colombia; y el nacimiento de los partidos políticos, en los pueblos regidos por instituciones democráticas, es el comienzo del odio ciego, intransigente de unos ciudadanos contra otros; es el principio de las divisiones y la causa de la ruina de los pueblos. El crimen de Berruecos fué la primera piedra miliaria, puesta en el camino del odio: desde entonces acá cuántas llevamos puestas!!!... Señores, tened paciencia y oídme: la gran Colombia, la Colombia fundada por Bolívar, desapareció antes que el Libertador descendiera á la tumba; y, desde entonces hasta ahora, del Orinoco al Amazonas, de las playas del Atlántico á las costas del Pacífico, el incendio del odio se ha propagado, sus llamas cunden, el soplo del partidarismo está atizando esa hoguera: día vendrá, ojalá Dios misericordioso aleje ese día; día vendrá, cuan-

do la patria habrá desaparecido, y no quedará más que un inmenso campo de batalla, donde los ciudadanos se harán guerra unos á otros, guerra de odio, guerra fratricida, guerra exterminadora!!

III

Veamos ahora la manera cómo se ejecutó el crimen.— Concluído el Congreso de Bogotá, se puso en camino inmediatamente para Quito el General Sucre: en esta Capital había fundado su hogar, y deseaba llegar pronto acá, para descansar en medio de su familia. Los asesinos estaban observando su marcha, le seguían los pasos y le tenían contadas todas sus jornadas: habían elegido de antemano el punto donde querían asesinarlo, y era preciso no perder tan oportuna ocasión.

El proyecto no era un secreto para nadie. Sucre llegó cerca de la montaña de Berruecos; sus asesinos se adelantaron, tomaron puesto anticipadamente, en el lugar más cómodo para ejecutar su crimen, y esperaron á la víctima. En la mañana del día cuatro de Junio, Sucre continuó su viaje: eran las ocho de la mañana: los viajeros comenzaron á entrar en el sendero estrecho y difícil; caminaban despacio, uno en pos de otro: los asesinos, puestos en asecho, los estaban mirando, callados, por entre el tupido ramaje del bosque, y acomodaban, diligentemente, sus fusiles, para dar en el blanco, que era el pecho del Mariscal de Ayacucho: cuando Sucre llegó á su alcance, disparó uno de ellos, y, con su bala homicida, le traspasó el corazón: al punto dispararon también los otros tres, procurando acertar sus tiros á la cabeza y al cuerpo de su víctima, recelosos de que ésta no hubiese sido herida de muerte con el primer disparo. ¡Ay! Balazo!! exclamó Sucre, y, haciendo ademán de tocarse el pecho, soltó las riendas de su cabalgadura y cayó al suelo Al estallido de los tiros, la escasa comitiva se dispersó y se entregó á la fuga aceleradamente Un asistente, el Señor García, Diputado por Cuenca, y un criado, esa era aquel día toda la comitiva del Gran Mariscal de Ayacucho.

El asistente y el Diputado, como venían delante, corrieron con dirección á Pasto: el criado retrocedió hacia la Venta, de donde aquella mañana habían salido, como una media hora antes.

El jefe de los asesinos, á quienes llamaremos desgraciados, puso en manos de sus tres compañeros diez pesos, como paga del crimen que le habían ayudado á ejecutar: paga mezquina pero excesiva para hombres tan ruines hasta en el crimen. Todos cuatro eran soldados licenciados de los ejércitos de Colombia, gente de pocas obligaciones y habituada á la obediencia rigurosa de los cuarteles.

Entre tanto, el cadáver de Sucre yacía en el camino público, tendido en el lodo y expuesto á ser pisoteado por los caballos de los pasajeros. Eran las nueve de la mañana apenas, cuando fué asesinado: repuesto del susto, regresó su criado; pero el ruido de las hojas de los árboles lo puso de nuevo en fuga: tan aterrado estaba!... Más tarde, pasaron unos caminantes; se detuvieron un momento, contemplando el cadáver, y, llegados á la casa de uno de los principales asesinos, á la una de la tarde, lo encontraron tañendo tranquilamente su guitarra!

Empero, iba viniendo ya la noche; la oscuridad del bosque se hacía más y más negra por momentos: el cadáver continuaba abandonado en el fango. Llegó la noche, las tinieblas eran densas; y el silencio de aquel sitio siniestro era interrumpido solamente por el ruido quejumbroso, que formaba el viento, agitando de cuando en cuando el denso follaje de la selva. Al fin, salió la luna y fué aclarando poco á poco, cual lámpara sepulcral, que una mano amiga comenzara á levantar sobre aquel lugar solitario: con los rayos melancólicos, que atravesaban al través de las ramas de los árboles, se hubiera podido ver el cadáver de Sucre, tendido en el cieno: en su rostro demacrado y pálido estaban patentes las huellas de su rápida y dolorosa agonía: en sus facciones, aunque desfiguradas por la muerte; en su frente, lívida y empapada en sangre, se descubrían las señales de la resignación.

Al día siguiente, el fiel criado de Sucre rogó á dos sencillos campesinos que le ayudaran á dar sepultura á su General: recogieron el cadáver, cavaron una sepultura, y, precipitadamente, como á hurtadillas, lo enterraron, llenos de inquietud y sobresalto. Arrancaron del bosque dos ramas de árboles, formaron con sus troncos una cruz rústica, y la plantaron á la cabecera de la sepultura: la cruz tendió sus brazos pacíficos para proteger y hacer sombra á los restos mortales del invicto guerrero, que quedaban abandonados,

durmiendo el sueño eterno en aquella lóbrega montaña, teatro del crimen. La cruz, puesta por la mano del fiel criado sobre la sepultura de Sucre, en la montaña de Berruecos, fué entonces la única protesta de los allegados de la víctima contra sus asesinos. La cruz, la santa cruz, estaba ahí clamando contra el crimen, y dando voces contra la iniquidad, porque la cruz es el símbolo de la moral cristiana.

Entre los enemigos de Sucre hubo uno sobre quien ha caído la execración de la posteridad: él mismo anunció para sí ese castigo, tal vez, sin caer bien en la cuenta de lo que decía. Este, tomando dinero de las arcas nacionales y fingiendo despachar una escolta de soldados en persecución de los criminales, puso los medios para cerciorarse de que Sucre había muerto: la escolta llegó al lugar en que Sucre fué asesinado, notó la sangre sobre el fango y, por la huella de la sangre, dió con la sepultura: removieron sin dificultad la tierra todavía fresca, desenterraron el cadáver, lo examinaron y volvieron á sepultarlo: era Sucre, no había como dudar! Con los pies arrojaron tierra sobre la fosa, para terminar pronto su faena, faena de asalariados del crimen. Y ¿la cruz? . . . ¡Ah! ¿la cruz? ¿Para qué habían de volverla á poner? . . . ¿Pone, acaso, el asesino la cruz sobre el sepulcro de su víctima? . . .

El desgraciado autor del crimen de Berruecos había tomado unos cuantos soldados, y, de soldados, había hecho no diré verdugos, sino asesinos: el verdugo, al fin, levanta el hacha de la ley sobre el cuello de sus víctimas! . . . A esos asesinos les dió la merced ó soldada con el dinero de la República de Colombia, empapado en la sangre de Sucre; y aquellos miserables hubieron de saciar su hambre con el pan de la afrenta y del crimen . . . Poco después, en hora oportuna, no faltó otra mano mercenaria, que derramara veneno en la comida de ellos! . . . Fueron eliminados!! . . . ¡Convenía eliminarlos!!! . . .

He dicho, Señores, que la muerte dada á Sucre en la montaña de Berruecos fué un crimen social, y lo fué, porque de la responsabilidad de aquel crimen participaron, más ó menos, en aquella época todas las clases ó jerarquías de la sociedad. — La justicia, por lo pronto, se cruzó de brazos, y los criminales anduvieron impunes nueve largos años, hasta que la Providencia, por aquellos caminos secretos que ella conoce, los puso en las gradas de los tribunales; y en-

tonces los jueces no pudieron menos de castigarlos. — La opinión pública fué extraviada adrede; una juventud, que se había lanzado prematuramente á la arena de la política, gritaba que estaba sirviendo á la patria, cuando arrojaba su hombro para encumbrar al solio presidencial, á cierto desventurado, que merecía el patíbulo Pero, basta: las solemnes funciones de duelo, que hemos celebrado en estos últimos días, son funciones reparadoras: la moral, por nuestra parte, está satisfecha, está vengada Apaguemos el odio, que, ahora, nos va consumiendo: el odio de unos ciudadanos contra otros coincidió con el asesinato de Sucre, porque habían nacido los partidos políticos, y, con ellos y por ellos, el odio Démonos todos ahora unos á otros el abrazo fraternal de la caridad cristiana Yo no odio á nadie, absolutamente á nadie; Señores: yo amo á todos, aunque de muchos soy cruelmente odiado.

Hemos considerado la hora del crimen; hablaremos ya de la hora de la reparación.

nos dirigamos á la oración mental. Es necesario elevar los ojos al Cielo, y buscar en lo alto los designios adorables de la Providencia. — Parecía que un hombre como Sucre, tan eminente, tan moderado, tan benemérito: un hombre, que hasta en la guerra había procurado con anhelo ahorrar el derramamiento excesivo de sangre humana; parecía que un hombre, tan pacífico, debiera morir lleno de días, tranquilamente en su lecho, bendiciendo á los hijos de sus hijos: mas, no sucedió así. — El crimen le salió al encuentro y le dió muerte violenta, cuando no llevaba andada todavía ni la mitad del camino de la vida. Según la frase hermosa de la Escritura Santa, parecía que Sucre debiera haber terminado tranquilamente sus días, recogido por la muerte en honrosa ancianidad, á la manera que el segador recoge la espiga granada, madura y en sazón, y la guarda, satisfecho, en su panera: empero, la mano del crimen tronchó la planta, cuando estaba más lozana y más llena de vida!

¡Morir! ¡Ah! Siempre es amargo morir! Y ¡morir en edad temprana, y morir asesinado alevosamente, y morir, cuando venía apresurado, deseando llegar pronto al hogar doméstico, cuyas dulzuras ansiaba gozar, ¡ah! debió ser un muy amargo morir! Sucre había recibido avisos repetidos de que iba á ser asesinado; pero no lo creía: era tan moderado; no tenía ambición ninguna; su conciencia,

he dicho que la cooperación á la invasión colombiana es un crimen de lesa patria. Deploro la guerra civil de Colombia, y condeno todo cuanto contribuya á quebrantar la estricta neutralidad que se debe guardar entre el Ecuador y Colombia.

Nuestros sacerdotes han de trabajar por la paz; y yo como prelado les impongo el deber de trabajar porque la tranquilidad pública no se perturbe: amemos la paz y procuremos que reine la paz. La guerra es un flagelo divino, y la Iglesia nos manda considerarlo como tal.

Bien preveo que, por este mi modo de pensar, he de ser calificado de hereje, de impío, de apóstata; y espero que de esta cara se armarán como de una prueba irrefragable los que me condenan como liberal y enemigo de la causa de Dios; pero no mudaré nunca de parecer.

En mi Diócesis soy yo tan Obispo, como lo es cualquiera otro Obispo católico en la suya; y no son mis fieles los que me han de dirigir á mí sino yo soy quien los ha de aconsejar y dirigir á ellos. Si les parece que estoy errado, acudan al Papa, denuncien mi conducta y acúsenme; la Santa Sede fallará. En todo lo que atañe á los intereses de la religión yo soy el director y el maestro para mis diocesanos: yo condeno las revoluciones y tengo á la guerra civil como el mayor de los males sociales. *Hasta ahora he sobrellevado con paciencia, en el más profundo silencio, las calumnias, los ultrajes de los que no aciertan á encontrar más arbitrio que la revolución* terminar pronto su faena, faena de asalariados del crimen. Y ¿la cruz? ¡Ah! ¿la cruz? ¿Para qué habían de volverla á poner? ¿Pone, acaso, el asesino la cruz sobre el sepulcro de su víctima?

El desgraciado autor del crimen de Berruecos había tomado unos cuantos soldados, y, de soldados, había hecho no diré verdugos, sino asesinos: el verdugo, al fin, levanta el hacha de la ley sobre el cuello de sus víctimas! A esos asesinos les dió la merced ó soldada con el dinero de la República de Colombia, empapado en la sangre de Sucre; y aquellos miserables hubieron de saciar su hambre con el pan de la afrenta y del crimen Poco después, en hora oportuna, no faltó otra mano mercenaria, que derramara veneno en la comida de ellos! Fueron eliminados!! ¡Convenía eliminarlos!!!

He dicho, Señores, que la muerte dada á Sucre en la montaña de Berruecos fué un crimen social, y lo fué, porque de la responsabilidad de aquel crimen participaron, más ó menos, en aquella época todas las clases ó jerarquías de la sociedad. — La justicia, por lo pronto, se cruzó de brazos, y los criminales anduvieron impunes nueve largos años, hasta que la Providencia, por aquellos caminos secretos que ella conoce, los puso en las gradas de los tribunales; y en-

